

—¡Los billetes, por favor! —reclamó el conductor metiendo la cabeza por la ventanilla.

Inmediatamente todos enseñaron los billetes. Los pasajeros eran de la misma talla que la gente común, y por lo visto llenaban el coche.

—¡Vamos nena, muestra tu billete! —repitió el conductor dirigiéndose a Alicia con mal modo.

Y muchísimas voces, «como un coro», pensó Alicia, dijeron a la vez:

—¡Vamos niña, no lo entretengas! ¡El tiempo para él vale a razón de mil libras el minuto!

—Temo que no lo haya comprado —excusóse Alicia con timidez—. De dónde yo vengo no vi ninguna taquilla.

Otra vez el coro dejóse oír:

—¡Por supuesto! ¡Allí no puede haber despacho de billetes. La tierra vale mil libras la pulgada!

—¡No me vengas con cuentos! —insistió el conductor—. Debías habérselo comprado al maquinista.

Y de nuevo el coro:

—¡El hombre que maneja la locomotora! ¡Sí; sólo el humo cuesta mil libras la bocanada!

—Es inútil hablar —pensó Alicia.

Esta vez las voces no hicieron comentario alguno, puesto que ella no había hablado, pero con gran sorpresa suya, *pensaron a coro*. (Supongo que ustedes sabrán lo que significa *pensar a coro*, pues yo debo confesar que lo ignoro.)

—Será mejor que no digas una palabra —pensaron las voces—. Las palabras cuestan mil libras cada una.

—Esta noche voy a soñar con las mil libras, estoy más que segura —se dijo Alicia.

Durante todo este tiempo el conductor no había dejado de mirarla; primero con un telescopio; luego con un microscopio, y ahora con unos gemelos de teatro.



—Estás viajando por el camino contrario —dijo al fin; y cerrando la ventanilla de un portazo, se alejó.

—¡Es cierto! —exclamó un caballero vestido con un traje de papel blanco, que se hallaba sentado frente a ella—. Una nena debe saber adónde va, aunque no sepa ni su propio nombre.

Una cabra, que viajaba junto al señor de blanco, cerró los ojos y dijo en voz alta:

—¡Ella debe saber adónde va para decirlo en el despacho de billetes, aunque no sepa ni el abecedario!

Como al parecer debían hablar por turno, un escarabajo, sentado junto a la cabra (era éste en verdad el más extravagante de los coches), dijo: